

La perspectiva del equipo Estado de México

Jaime Enrique Carreón Flores*

El proyecto Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el Nuevo Milenio, promovido fervientemente por Gloria Artís y Saúl Millán –a quienes guardo un profundo agradecimiento–, cumple 15 años de haberse iniciado y de haber marcado con su presencia una época en la antropología mexicana, no sólo por la vasta información etnográfica producida en las varias líneas de investigación que se han desarrollado a partir de 1999, sino también por la formación de nuevos investigadores, quienes hemos tenido la oportunidad de familiarizarnos con las nuevas herramientas teóricas y metodológicas en la disciplina. Entre otras actividades, la conmemoración de este aniversario con la publicación de un número doble de *Rutas de Campo*, dedicado especialmente al proyecto, me ha brindado la oportunidad, por medio de Diego Prieto y Gloria Artís, de realizar un breve recuento sobre los inicios de mi formación recibida como integrante del mismo.

Hablar desde el punto de vista de un investigador que ha crecido en el proyecto Etnografía de las Regiones Indígenas implica recordar mi incorporación como asistente de investigación para formar parte del equipo regional del Estado de México, que se enfocaría en el estudio antropológico de los grupos mazahua, otomí, matlatzincas, nahua y atzinca –también conocido como tlahuica o *pjiekak'jo*– de esta entidad. Recuerdo que los profesores-investigadores que formaban parte del INAH y que participaban en el proyecto eran Efraín Cortés, coordinador del equipo, quien en compañía de Isabel González estudiaba a los grupos otomíes y mazahuas cercanos al valle de Lerma, en tanto que Marisela Gallegos se centraba en el estudio del grupo matlatzincas, al igual que Leif Korsbaek, con quien ya no tuve el honor de coincidir. Y conformando el grupo de asistentes de investigación estaban Felipe González, con experiencia en la zona mazahua, dado que su tesis de licenciatura se había enfocado en San Agustín Mextepec; Reyes Álvarez, quien había hecho su tesis sobre la etnia atzinca, en tanto que Alessandro Questa y yo éramos pasantes. La condición de noveles nos llevó a seleccionar una zona para llevar a cabo los objetivos de la primera línea de investigación. Así, Alessandro Questa se estableció en el municipio Chapa de Mota, con población otomí, mientras que yo llegué al municipio de Texcoco, donde había población nahua.

Vale decir que la incorporación de nuevos investigadores al campo de la antropología, desde la perspectiva de Efraín Cortés –condicionado por una mirada práctica surgida de su propia experiencia al lado de Fernando Cámara– para nosotros significó un reto, pues nos obligó a desarrollar la iniciativa personal y el olfato de etnógrafo para acercarnos al estudio de los grupos étnicos. Esto fue un acierto, porque nos permitió ahondar en nuestros intereses académicos,

* Centro INAH Tlaxcala (jaimeenriqueenlinea@yahoo.com.mx).



Jefe kickapoo, aeropuerto de Monterrey, Nuevo León, 2010. Chakoka Ániko es el actual jefe religioso de los kickapoo de Coahuila, también conocidos como la Banda Kickapoo de Texas, donde tienen una reservación en Eagle Pass **Fotografía** © José Luis Moctezuma Zamarrón

aunque yo aún no los había concretado de una manera clara. Contra lo que se pensaría, la dinámica generó una organización adecuada para el trabajo, pues se logró establecer que la distribución de los investigadores cubriera los diferentes grupos que habitaban en el Estado de México, una virtud que permitió dar cuenta de un conjunto de expresiones culturales para los diferentes grupos originarios de la entidad, aunque con el paso del tiempo me di cuenta de que esta asignación y autoasignación de los espacios había dejado fuera a los grupos otomíes asentados en el norte de la entidad y en el mismo municipio de Temoaya. Esa circunstancia me orilló a visitar la zona norte del Estado de México, en especial el municipio de Acambay, y posteriormente a visitar municipios mazahuas.

No puedo decir que esa forma de organización para el trabajo haya pecado de ingenua. Al hacer hoy un balance, me doy cuenta de que los profesores-investigadores y los asistentes tenían posiciones teóricas definidas y que éstas se plasmaban con claridad en el diseño y objetivos que buscaba desarrollar el equipo regional del Estado de México. Estaba claro que una

de las finalidades básicas consistía en la creación de un marco comparativo que llevara a establecer un sistema de postulados válidos para un conjunto de localidades que en ese momento, de modo hipotético, considerábamos como integrantes de una tradición mesoamericana. La idea era que, en la medida que se determinara la existencia de ejes comunes en cada una de éstas, se podría hablar de una región cultural; nuestra premisa era que el rasgo primordial de esta zona se hallaba marcado por la interacción interétnica entre los diferentes pueblos, la cual debía ser vista como un proceso histórico.

Recuerdo que por esa misma razón el trabajo etnográfico durante la primera línea de investigación se inclinó hacia el estudio de comunidad y cada uno de nosotros se establecería en una sola localidad para comenzar el trabajo. Tras habernos orientado por la idea de postulados generales, la temática se centró en torno al culto a los santos y el oratorio. Por ejemplo, Reyes Álvarez se abocó al estudio del sistema de cargos, la fiesta y sus vínculos con el ciclo agrícola en la localidad de San Juan Atzingo, en el municipio de Ocuilán; dada

su experiencia en la zona mazahua, Felipe González planteó un enfoque regional, centrándose en la capilla-oratorio; Alessandro Questa enfocó su base de operaciones en Dongú, municipio de Chapa de Mota, para dar cuenta de la relación entre el territorio y el culto a los santos, y yo, en San Jerónimo Amanalco, trataría de igual forma la relación entre el territorio y la fiesta.

El grupo de investigadores también inició una labor que, mediante los seminarios internos, fue transformando los principios organizativos del equipo; en forma gradual nos dimos cuenta de que las características de las poblaciones variaban y eso hacía que difícilmente se pudiera hablar de una región cultural amplia. Por ejemplo, hasta donde recuerdo, en esas discusiones se llegó a establecer que el grupo atzinca abrevaba más de una tradición cultural que se orientaba hacia el estado de Morelos, en tanto que la región mazahua mantenía nexos con Michoacán y los nahuas de Texcoco fundían su historia con la región de Tecoaque y Calpulalpan, en Tlaxcala. En el caso de los grupos otomíes del norte, quedaba pendiente determinar si era posible hablar de una articulación con el estado de Querétaro.

Una manera de tratar de articular las variaciones consistió en presentar las investigaciones un tanto inde-

pendientes entre sí para, llegado el momento, integrarlas en función del tema de la línea. Una tarea difícil, pues nos llevó a mantener que, si bien no existían generalidades, sí había una matriz mesoamericana, la cual nos permitiría explicar las diferentes expresiones culturales sobre una misma temática. El procedimiento retomaría la importancia del ciclo agrícola, los circuitos festivos y el culto a los santos como los elementos nodales de acercamiento a estos grupos, a modo de afianzar la perspectiva del “núcleo duro” y las relaciones que guarda con el ciclo del maíz. Con esto, las líneas sobre territorio, organización política, migración, cosmovisión, ritualidad y chamanismo presentarían ese marco. Nuestra propuesta se proponía básicamente establecer una discusión entre la antropología y la historia.

Sin duda el proyecto Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el Nuevo Milenio marcaría mi orientación teórica hacia el estudio de los grupos étnicos y me llevaría a una toma de posición. Es indudable que la presencia de Efraín Cortés, Isabel Hernández, Marisela Gallegos, Felipe González, Reyes Álvarez y Alessandro Questa ha venido a conformar una veta de conocimiento, pues, bien a bien, para mí han sido mentores y por eso les estoy agradecido.

